

Un colisionador de paradigmas políticos

José Gordon

Una conversación se puede convertir en un colisionador de ideologías cuando el tema que se aborda tiene que ver con política, con Dios o con el fútbol. Las pasiones se encienden y las verdades se ofuscan. Las cegueras selectivas hacen que incluso una postura política que consideramos incorrecta adquiera visado para morar cómodamente en nuestra conciencia cuando la pronuncia el candidato con el que nos hemos identificado. Ganan los colores por encima de la razón. ¿No te das cuenta de que tu candidato está contradiciendo todo su discurso? Y la respuesta es no. Parecen entrar en juego mecanismos perceptuales que ignoramos y que producen diálogos de sordos.

¿Cómo es posible que dos personas supuestamente inteligentes, una con una postura política conservadora y otra con una postura política liberal, no puedan mantener una conversación coherente?

La neurociencia ha tratado de asomarse a una de las pistas o carriles en donde se propicia este choque de trenes. Estamos hablando del escenario del cerebro político. Uno de los estudios más sorprendentes que se han llevado a cabo plantea un

sesgo que tiene que ver con la materia gris de nuestros aparatos cerebrales. En un estudio de Ryota Kanai y colaboradores (reportado en *Current Biology*), 90 jóvenes saludables (61 por ciento mujeres) calificaron sus actitudes políticas en una escala del uno al cinco, que iba desde “muy liberal” hasta “muy conservadora”. Posteriormente, mediante una imagen por resonancia magnética (IRM), se midió el espesor de la materia gris en todas las áreas del cerebro. Los resultados mostraron que quienes se autocalificaron como liberales tendían a tener más materia gris en el giro cingulado anterior, que se asocia con el entendimiento de información compleja y con el monitoreo de conflictos e incertidumbres.

En el caso de quienes se autocalificaron como conservadores se encontró que tendían a tener la amígdala derecha más larga. Se trata de una estructura cerebral asociada con la sensibilidad y el procesamiento del temor que se encuentra también activa en soldados que han sufrido desórdenes de estrés postraumático que se traducen en hipervigilancia, insomnio, desconfianza e incapacidad de ser empático con otras personas.

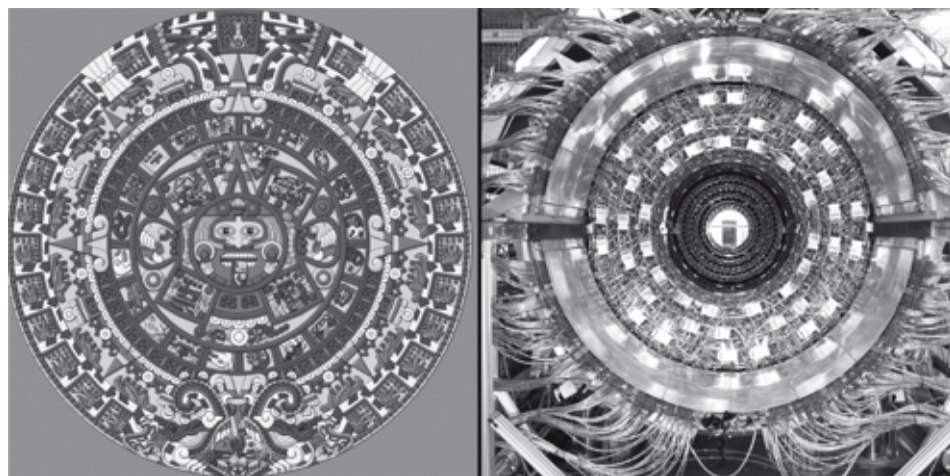
¿Se puede decir de manera simplista que las opiniones políticas descansan en estas estructuras? El neurocientífico Fred Travis señala que por supuesto que no; este tipo de expresiones surgen de regiones cerebrales extendidas que subyacen al pensamiento y razonamiento abstractos. Sin embargo, si las dos áreas cerebrales referidas son más espesas, se sugiere que son más usadas en este procesamiento y que así contribuyen más al resultado final.

Y aquí viene la pregunta de la gallina y el huevo: ¿las diferencias estructurales son las que nos hacen conservadores o liberales (una versión neuronal de “no soy yo, son mis hormonas”) o las actitudes y conductas políticas son las que cambian nuestras estructuras cerebrales?

Lo cierto es que otros estudios, publicados en *Nature Neuroscience*, plantean que quienes se consideran a sí mismos liberales tienden a tener mayor actividad en el cingulado anterior. Esto sugiere, dice Travis, que pueden manejar mejor la información compleja, la ambigüedad y la novedad, tienen mayor capacidad para alterar sus patrones habituales de respuesta.

¿Qué hacemos entonces cuando tenemos dos cerebros que están listos para colisionar? No hay que olvidar que los paradigmas liberales y conservadores tienen su razón de ser: en nuestro mundo los temores tienen una base real, ello provoca prudencia; por otro lado, la fortaleza para ir más allá de los miedos es esencial para crear nuevos horizontes.

Una pregunta del tamaño de un elefante invisible aparece en este escenario: ¿Entender estos procesos facilitará el diálogo? **u**



Montaje de la Piedra del Sol y el Gran Colisionador de Hadrones (LHC)